

EL INFLUJO BERGSONIANO EN LA COSMOVISIÓN DE KAZANTZAKIS

Roberto Quiroz Pizarro
Universidad de Chile

A Carmina

Resumen: Kazantzakis luego de terminar sus estudios de derecho en Atenas viajó a París para seguir los cursos de Bergson en el Collège de France. Sus inquietudes intelectuales, una de cuyas manifestaciones fueron sus ensayos *La enfermedad del siglo* y *¿Está en bancarrota la ciencia?*, coincidían con el interés en esas primeras décadas del siglo XX por las filosofías de la vida y los valores vitalistas que ellas promovían. El contacto con Bergson y sus enseñanzas constituyó un estímulo en la aventura intelectual y humanista de Kazantzakis, ya que con el impulso de la filosofía del maestro francés, el joven griego trata de guardar la esencia de la vida en 'la buena palabra'. El bergsonismo le confirmó el sentido de su lucha por la libertad. La arista vitalista del pensamiento de Kazantzakis está ligada a lo que recibió de Bergson. Kazantzakis quiso también dar a conocer al filósofo en su patria, para lo cual escribió un ensayo, *Henry Bergson* (1913), y tradujo una obra, *La risa* (1916)

Palabras claves: Kazantzakis, Bergson, vitalismo, élan vital

BERGSONIAN INFLUENCE ON KAZANTZAKIS' WORLDVISION

Abstrac: After ending his law studies in Athens, Kazantzakis travelled to Paris to attend Bergson's courses at the College de France. His intellectual interests were manifested in his essays *The disease of the century* and *Is science bankrupt?*, which coincided with the interest, during the first decades of the 20th century, of the philosophies of life and the vitalist values they supported. The contact with Bergson and his teachings was a stimulus in Kazantzakis' intellectual and humanist adventure, because with the impulse of the French master's philosophy, the young Greek man tries to keep the essence of life in the 'good word'. Bergsonism confirmed his sense of a fight for freedom. The vitalist side of Kazantzakis thought is linked to what he received from Bergson. Kazantzakis wanted to make the philosopher known in his country, and he wrote an essay, *Henry Bergson* (1913), and translated *Laughter* (1916).

Key words: Kazantzakis, Bergson, vitalism, élan vital

Recibido: 11.04.06 - **Aceptado** 28.04.06

Correspondencia: Roberto Quiroz Pizarro (alfanamaste@hotmail.com) Licenciado y Magister en Filosofía Universidad de Chile, Doctorado(C) Universitat Jaume I, Profesor. Centro de Estudios Griegos, Universidad. de Chile. Dirección postal: Casilla 435-3, (56-2) 2392292. San Joaquín. Santiago de Chile.

Hacia 1908 Kazantzakis viajó al corazón de Europa por razones de estudio. Como sabemos, estuvo en París precisamente para tomar lecciones con el filósofo francés Henri Bergson. En el ámbito intelectual de aquellos años volvía a despertar un interés por las filosofías de la vida y los valores vitalistas que ellas promovían. No es algo simple querer diseñar esta filosofía más deudora del romanticismo que de la teoría de la ciencia. En primer lugar, por su carácter polifacético, y luego, especialmente, porque a medida que los filósofos escribían sobre la vida, se hacía más problemático y oscuro el verdadero sentido de ésta. Quizá, mirando por contraste se aprecie mejor su fisonomía: la filosofía de la vida rivaliza con el pensamiento científico, mecanicista, esquematizante, matemático, pegado a la superficie, racionalista y estático. En oposición a ello, pone de relieve el valor de lo irracional, lo singular, lo interior, lo anímico, lo dinámico, lo vivencial, lo vital, lo natural. El antiguo reinado de una razón totalizadora, ya proviniera de la ciencia o de otra parte, había encontrado una fuerte desconfianza.

Los títulos de dos ensayos de juventud, uno *La enfermedad del siglo* y otro *¿Está en bancarrota la ciencia?*, manifiestan con elocuencia que Kazantzakis participaba de esas inquietudes. La vida tanto del oriental Kazantzakis, como la del occidental Bergson, fue la expresión de un permanente estado de descontento e insatisfacción ante el panorama universal. El segundo había dicho: “no escribí más que para protestar de lo que me parecía falso”. A su vez el primero, decía, “mi intención al escribir no es la belleza, es la liberación”. A ellos no les basta una actitud puramente intelectual, necesitaban hacer de sus pensamientos un compromiso por ampliar el misterio del hombre, y darle paso a sus grandes interrogantes sin ánimo de desistir. La confianza en la ciencia no lo era todo para estos autores, veían que si bien ella dejaba grandes brechas, no se podía retroceder, antes bien, había que profundizar en otras direcciones. En similar medida,

“ambos eran reaccionarios frente a las actitudes positivistas que no permitían el acceso del hombre al mundo metafísico”¹. Por ese entonces, “la filosofía de Bergson responde a ese difuso y confuso anhelo de espiritualidad que caracteriza el ocaso del siglo XIX. Por una parte, detiene la creencia positiva, limita el intelecto en sus pretensiones de absoluto dominio; por otra

¹ G. Núñez, op. cit., p. 34.

*parte, descubre y utiliza una nueva actividad psíquica --la intuición-- para restaurar sobre nuevas bases y con sentido original la venerable labor de la metafísica*².

Esto tenía un gran valor a los ojos de Kazantzakis. He ahí que la perspectiva bergsoniana irrumpe con interesantes matices y contornos de pensamiento: élan vital, impulso creador, la onda de la vida, universo, hombre, naturaleza, intuición, duración, libertad, conciencia, Dios, religión, son una muestra de los tópicos que salen a la palestra. Bajo ese nuevo modelo del universo y de la vida, un atractivo paradigma por así decirlo, era presumible que se entendieran, el joven y el maestro, ya que sobre tales autores forcejeaba un pensamiento audaz, temerario, que rompía los moldes y acercaba sus búsquedas. Hay aquí más que una simple simpatía personal. Algunos han visto que ese contacto también fue otro estímulo en su aventura intelectual y humanista, ya que "*con el impulso de la filosofía de Bergson, Kazantzakis trata de guardar la esencia de la vida en 'la buena palabra' y lanzarla como un mensaje a los hombres, para dar sentido a la vida y justificar la muerte*"³.

Un tónica común entre las personalidades y figuras que han sido influyentes en Kazantzakis, es quizá tanto la de un actuar en libertad como también el deseo de serlo y ayudar a liberarse a los hombres, cosa que "*el bergsonismo [...] le confirmó en el sentido de su lucha por la libertad*"⁴. Bergson compartía esa preocupación por la libertad, aspecto que Kazantzakis estaba dispuesto a seguir: "*¡Esto es lo que queremos! --le respondíamos [a un demonio o un ángel]--, no trabajamos por un salario, no queremos cobrar el premio de nuestro esfuerzo, luchamos más allá de la esperanza, más allá del Paraíso, en el vacío*"⁵. Ese más allá y ese vacío son otras formas de hablar de la lucha por la libertad. Veía muchos caminos divididos que le podían cerrar el paso: cristianismo, teleología, ciencia, nihilismo, racionalismo, lógica, creencias tradicionales. Bergson sin ser un desenmascarador de la estirpe de Nietzsche, compartía una crítica a las petrificaciones intelectuales y abogaba por una liberalidad humana. Precisamente de la experiencia del nihilismo, Kazantzakis llega al bergsonismo para dar a los sistemas de valores y religiosos un basamento más de acuerdo a la verdadera naturaleza del universo y del hombre.

En general, habría tres dimensiones en las cuales el contacto con el pensamiento bergsoniano se patentiza en Kazantzakis. Una manifestación la constituye el paso de Kazantzakis por Francia y que tuvo como maestro al propio

² M. García Morente, *La filosofía de Henri Bergson*, Espasa-Calpe, Madrid 1972, p. 28.

³ E. Ikonomidu-Krstitch, "Las influencias filosóficas en la aventura espiritual de Nikos Kazantzakis", *Diavazo*, nº 90, 1988, p. 72.

⁴ G. Núñez, op. cit. p. 35.

⁵ N. Kazantzakis, *Carta al Greco*, p. 607.

Roberto Quiroz P., El influjo bergsoniano en la cosmovisión de Kazantzakis

Bergson. Hay que recordar un trabajo formal que hizo por esta etapa llamado "Henri Bergson". Otro eje de contacto sucede a través de las anotaciones y lecturas que lo acompañan en sus viajes, asimismo cuando menciona sus deudas espirituales en las que lo reconoce como a uno de los guías que marcó una etapa de su espíritu. Por último, los trasvasijos y germinaciones filosóficas que Kazantzakis traspuso a su propio pensamiento, adaptando las influencias del bergsonismo que mejor le venían. Anotemos también que en 1915 tradujo una obra de su ex profesor. El texto de *La risa* en griego apareció ese mismo año en Atenas.

Una notoria inspiración de las visiones bergsonianas es la *Ascética*, un curioso manifiesto del año 22. En una carta a su esposa Galatea de ese mismo año, el joven le pide que le envíe *La evolución creadora*, que le había prestado a un conocido. En general, esas visiones compondrían tres experiencias, tres etapas y tres lenguajes diferentes. El primer contacto parisino se desarrolló más bien como un acercamiento de lenguaje científico-filosófico; hay otras palabras hacia Bergson que son anotaciones de reconocimiento en un lenguaje personal; en cambio, en la etapa de *Ascética*, su expresión adquiere la connotación de un lenguaje intuicional, propio de lo místico-poético. Estos son datos importantes de considerar en la evaluación de las tendencias que va teniendo su obra. Ampliamente sabemos que a través de la influencia de Bergson, Kazantzakis encontró un alivio filosófico, una filosofía más acorde a la vida, pero también una religión. No fue un seguidor ortodoxo del bergsonismo, pero lo más significativo es el extraordinario grado de vitalismo con que revistió sus escritos discursivos y poéticos.

En una carta de Kazantzakis, se aprecia el revuelo que va teniendo el bergsonismo en su espíritu: *"En este momento estoy estudiando filosofía y literatura en la Sorbona, el Colegio de Francia y la Escuela de Estudios Superiores.*

Quiero formular una concepción individual y personal acerca de la vida, una teoría del mundo y del destino humano, y luego, de acuerdo a ésta, escribir sistemáticamente y con un propósito y una programación específica, lo que sea que escribo.

*Afortunadamente, estoy estudiando al célebre filósofo Bergson, y siento que no estoy perdiendo mi tiempo"*⁶.

Por el contrario, de esos estudios surgirá un comentario que se concretiza en un trabajo expositivo, "Henri Bergson", publicado en 1913. Al parecer el escrito tuvo como antecedente una conferencia impartida por él en el Círculo de Instrucción. El trabajo publicado consta de estas secciones: Introducción, I Límites de la inteligencia, II ¿Libre albedrío?, III Biología, IV Metafísica y una breve síntesis. En el conjunto de temas, Kazantzakis pasa revisión al conocimiento intuitivo, al concepto del tiempo fluyente, a la evolución creadora, a la concadenación de la vida, a la libertad y al *élan vital*. Sus comentarios en poco más de 23 folios son un signo del interés que suscitaba Bergson en él y en sus amigos. Esta incursión vino a ser una especie de ejercicio

⁶ P. Markakis, "Cartas inéditas de Nikos Kazantzakis", *Pinacoteca*, Atenas, 1959, p. 33.

filosófico en el que tuvo que familiarizarse con nuevos conceptos y una terminología propia de este ámbito, y según lo que vemos, lo hizo satisfactoriamente también. Hablando de Bergson escribe, *"pero no tenemos solamente inteligencia. El instinto vive en nosotros y puede ponernos en comunicación inmediata con la vida. En torno al luminoso núcleo de la lógica palpita la atmósfera turbia del instinto. Esta atmósfera es el resto de la nebulosa en perjuicio de la cual se condensó la inteligencia, como un astro brillante"*⁷. En otra parte señala que *"la filosofía que tiene como objetivo avanzar hasta la fuente de la experiencia y hallar la esencia de los fenómenos, hallar la realidad; sólo con el instinto, sólo con la intuición puede trabajar. Debe sintéticamente intensificar su fuerza y, dejando de lado los puntos de vista artificiales y deformados de la dialéctica, poner en comunicación el ritmo individual del élan vital con el ritmo universal de la vida total"*⁸. Apreciaba que en el pensamiento de Bergson se daba un tratamiento intelectual, no un simple esfuerzo por encerrarse en el cientificismo, sino una tentativa seria por apresar la realidad, vista desde una óptica filosófica, en dinamismo, que podía llegar a niveles insospechados, y que esas nociones de "intuición", "duración", "impulso vital", servían para encaminar la expresión metafísica de todo lo real. Había en el bergsonismo una especie de contrapartida entre la razón y la conciencia, lo que para Kazantzakis se traducía en importantes matices: una cosa es decir lo que un objeto es, expresarlo en símbolos, y otra penetrar en su interior, captar su profunda esencia.

Hacia la sección final del trabajo, está algo muy importante. Después haber hecho una breve revisión, Kazantzakis pasa a proponer una conclusión, es decir, imagina el aporte y el reconocimiento que a juicio suyo tiene el bergsonismo. En una parte señala,

*"Tal es, en términos muy generales, la filosofía de Bergson. Combatió el intelectualismo, es decir la irreprimible aplicación de los métodos intelectuales a todos los fenómenos y limitó su autoridad y, en consecuencia, también la autoridad de la ciencia sólo a los fenómenos de la materia. Introdujo una nueva concepción de la filosofía, la durée réelle, es decir la duración real, la evolución creadora. Demostró a qué engaños arrastró a la humanidad la confusión entre durée réelle y espacio homogéneo [...]"*⁹.

Al menos, hasta la época de los años 1912-13, Kazantzakis ha vivido una doble experiencia, una en su condición de alumno por el año 1909, y otra en este comentario elaborado posteriormente, lo que lleva a pensar que estudió gratamente a Bergson, y que de él extrajo variados matices. De tal opinión es Friar, quien señala

⁷ N. Kazantzakis, "Henri Bergson", Edición policopiada, Atenas, 1913, pp. 310-334.

⁸ *Ibidem*, pp. 310-334.

⁹ N. Kazantzakis, *op. cit.* pp. 310-334.

Roberto Quiroz P., El influjo bergsoniano en la cosmovisión de Kazantzakis

sumariamente que "dos son las enseñanzas que tomó del gran pensador: el antirracionalismo y la teoría del élan vital [...]"¹⁰. De la primera no hay discusión, puesto que siempre está Kazantzakis empujando los lindes de la racionalidad, y bastaría con recordar a Zorba. En el otro aspecto, que tiene que ver con una cosmovisión, por el contrario, se percibe más bien una compaginación de visiones y de sensibilidades vitalistas, lo que para Kazantzakis se traducía en una mayor asimilación creativa de otras perspectivas filosóficas.

Es muy elocuente la mención que Kazantzakis hace de los nombres que marcaron su vida, considerando que por cierto a muchos menciona y en diferentes etapas espirituales. En *Carta al Greco*, coloca al filósofo francés al lado de sus grandes gurús, y expresa,

*"Bergson me ha liberado de algunas preguntas filosóficas que habían quedado sin respuesta y que me atormentaban en mi primera juventud"*¹¹.

En alguna conversación o entrevista, Kazantzakis ha manifestado esa simpatía y deuda intelectual contraída tempranamente. Jouvenel señala que Kazantzakis le comentó esto: "*usted sabe que soy un seguidor de Bergson*"¹². Sadoul nos informa del mismo parecer de Kazantzakis, cuando dice de Bergson que "*fue un maravilloso gurú que influyó profundamente mi vida. Él respondió a preguntas que me habían circundado por mucho tiempo*"¹³. También son dignas de consideración otras manifestaciones de Bergson que pueden ser remitidas a las prolongaciones conceptuales que promovió. Durante esa fugaz incursión política de Kazantzakis, sabemos que optó por los bolcheviques no por razones comunistas, sino bergsonianas, es decir, porque los consideraba "organismos desarrollados" que estaban a disposición de una idea evolutiva de la sociedad. Existe un elocuente testimonio de gratitud y valoración que los vincula nuevamente. Se trata de una época de grandes tormentos espirituales en Kazantzakis, quien realiza viajes y peregrinaciones motivado precisamente por sospechas, fatalidades intelectuales y humanas. Tiene oportunidad y se retira al Monte Sagrado de los ortodoxos a encerrarse en una celda monástica. En sus notas de viaje certifica el 1º de mayo de 1915:

*"Los grandes educadores: Homero, Dante, Bergson". [...]
"Todo mi nuevo desarrollo se lo debo a: a) mis excursiones, Monte Athos, Mistrás, Delfos; b) mis recientes lecturas, Dante, Rodin, Bergson, Claudel; c) mi acompañante Sikelianós"*¹⁴.

¹⁰ P. Prevelakis, op. cit., p. 412.

¹¹ N. Kazantzakis, *Carta al Greco*, p. 544.

¹² R. de Jouvenel, "Nikos Kazantzakis", *Nea Hestía*, Atenas, 1962, p. 1570.

¹³ R. Sadoul, "Rencontré à Antibes", *Nea Hestía*, Atenas, 1955, p. 545.

¹⁴ P. Prevelakis, op. cit., p. 8.

Bajo todas estas menciones dispersas en el tiempo, claramente el bergsonismo ocupó un espacio imborrable y un apoyo significativo para sus especulaciones filosóficas. Dentro de las influencias recibidas ya sabemos que Kazantzakis se comportó como una veleta que cambia con el viento, no por simple capricho, naturalmente, sino por un afán de sabiduría y de búsqueda insaciable.

Anteriormente leíamos que "Bergson me ha liberado de algunas preguntas filosóficas". Por una parte, hablar de tales "preguntas" es sin duda, remover tensiones, amplios anhelos, enfrentar crisis, barruntar salidas a su atormentado espíritu visionario, todo lo cual abarca remotos gritos en el alma del poeta. Entre esas interrogantes y tormentos de juventud, estaba en juego también un ir más allá del arte, de la belleza. En un diálogo imaginario entre Kazantzakis y otro mentor espiritual, El Greco, hay palabras de éste que bien testimonian esas vicisitudes:

"--¿Quién te ha dicho que yo hacía obras de arte? [...] ; yo no hago obras de arte, no me preocupo de la belleza; la razón es demasiado estrecha para mí, y también la ley. Como el pez volador, yo salto fuera de las aguas tranquilas y entro en un aire más ligero, lleno de locura"¹⁵.

Tales afirmaciones dejan una sensación de contrastes que preludian la omnipresente búsqueda de Kazantzakis. Por otra parte, también Kazantzakis expresaba, *"yo rompo las máscaras, levanto las carnes; me digo: es imposible que sea de otro modo, existe bajo las carnes algo inmortal, esto es lo que busco, esto pintaré. [...]"¹⁶*. Aquí se retrata algo de lo cual siempre pende la literatura de Kazantzakis. La pasión del arte no inmovilizaba sus pensamientos de comprensión y anhelo de una verdad que contenga a todo el fenómeno de la vida. Dentro de esas indagaciones metafísicas y "preguntas filosóficas" anotadas por este autor, debe estar ese algo inmortal, esa potencia creadora, ese perfecto cosmos que tanta admiración y pavor le provoca. Además, bajo esa galería de cuestionamientos filosóficos, se situaba la búsqueda por establecer una filosofía que no fuera una simple "estatua de pies de barro", por cuanto se siente movido a "formular una concepción individual y personal acerca de la vida, una teoría del mundo y del destino humano", sobre la base sólida de una espiritualidad bien entendida y que se manifiesta en todo descubrimiento verdadero.

En buena medida, en contacto con el bergsonismo encuentra atractivas visiones que le preparaban su camino intelectual. Dispersas formulaciones entre sus libros, entre sus pensamientos, dejan constancia de que Kazantzakis estuvo poseído por la anfibología tiránica del "para qué", del "sentido de las cosas", en muchas direcciones, tanto al asomarse a las entrañas del hombre como al contemplar la

¹⁵ N. Kazantzakis, *Carta al Greco*, p. 611.

¹⁶ *Ibidem.*, p. 627.

Roberto Quiroz P., El influjo bergsoniano en la cosmovisión de Kazantzakis

marcha del universo. Se preguntaba hacia dónde va el alma humana, y si eso distaba infinitamente de todo lo viviente. Tales inquietudes lo mantenían al acecho de grandes perspectivas, valores, metas humanas, pero asimismo, esa incógnita lo mantenía como rehén de un sentimiento trágico que lo obligaba a buscar siempre. Y según registra la realidad a su alrededor, descubrió, en medio de su soledad, que esta lucha con la santidad y el pecado --que se desarrollada en lo más hondo de su ser, también sucedía en la superficie de la tierra entre espíritu y materia--, no era otra cosa que la insospechada potencia y marcha de la vida, que comenzó hace miles de años con un microorganismo y que aún no termina ni terminará. La realidad cósmica, el encadenamiento de la vida, y aquello que puede estar tras el velo de Maya, son ideas que obsesionan a Kazantzakis. Ciertas ideas al interior del bergsonismo le daban expectativas compatibles con las suyas, pues allí habían reflejos que le interesaban, afirmaciones como "[...] *el hombre no es lo único que vive en el Universo. Con él y antes de él viven una infinita variedad de seres, animales, vegetales, grandes, pequeños y hasta microscópicos. Una corriente inmensa de vida atraviesa el mundo material y viene a culminar en el hombre, en el alma humana, que es la prolongación terminal, la suprema expresión de esa vida [...] El alma, la vida: he aquí, pues, los objetos de la filosofía bergsoniana*"¹⁷. Así lo muestran claramente unas palabras de Kazantzakis:

*"Me posee un solo deseo: el de sorprender lo que se oculta tras lo visible, traspasar el misterio que me da la vida y me la quita, y saber si una presencia invisible e inmutable se esconde más allá del incesante flujo del mundo"*¹⁸.

Kazantzakis sabía que Bergson concebía algo grande al decir que la *"filosofía nos introduce en la vida espiritual y, al mismo tiempo, nos hace ver la relación entre la vida del espíritu y la del cuerpo"*¹⁹. Al igual que el filósofo francés quiere sondear la vida, sus abismos, las capas más internas y lejanas, pero más allá de las formulaciones matemáticas o del laboratorio, pues se siente a sí mismo un animal metafísico, hambriento de verdades. El salto de la vida, la naturaleza, su infinita metamorfosis, es otra incógnita que lo seduce, *"Me siento dominado por un sentimiento de respeto. En medio de estas masas tenebrosas, distingo nítidamente el Grito de lo Invisible que sube y empuja el mundo, para que suba él también. [...] Una eterna acometida, más grande que el hombre, arrebata a los hombres, los empuja hacia la altura, y cuando por fin se agotan, los abandona, y se precipita sobre otro material, toscos, aún en la plenitud de su vigor"*²⁰. Kazantzakis dominado más por el

¹⁷ M. García Morente, *La filosofía de Henri Bergson*, Espasa-Calpe, Madrid 1972, p. 35.

¹⁸ N. Kazantzakis, *Ascesis*, trad. E. de Obregón, O. S. III, Planeta, Barcelona, 1968, p. 963.

¹⁹ H. Bergson, *La evolución creadora*, trad. María Pérez Torres, ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1973, p. 295.

²⁰ N. Kazantzakis, *Carta al Greco*, p. 516-517.

lado antirracionalista y romántico, podía encontrar en los postulados de Bergson una auténtica revelación, pues positivamente "le da una tabla para que se dé hacia el mar de la esperanza metafísica. Le enciende una braza a través del élan vital, que está lleno de misterio; puede desplegar la fuerza que podrá derrotar incluso a la muerte. Junto a la inteligencia que lo había desencantado, le descubrió otro taumaturgo: el corazón"²¹.

Un texto bergsoniano cargado de imágenes y conceptos, ilustrará el aludido parentesco de ambos sentires filosóficos ante la realidad. Dice Bergson en *La Evolución Creadora* que

"la vida entera, desde el empuje inicial que la lanzó en el mundo, le aparecerá como una ola que sube, y a la que se opone el movimiento descendente de la materia. En la mayor parte de su superficie, a diferentes alturas, esa corriente se convierte, por efecto de la materia, en un remolino que no avanza. Por un solo punto pasa la corriente en libertad, arrastrando consigo el obstáculo, que si bien agrava la marcha, no consigue detenerla. En ese punto está la humanidad; ahí nuestra situación privilegiada [...] El movimiento de una corriente es distinto de lo que atraviesa, aun cuando tenga por fuerza que adoptar las sinuosidades del medio. La conciencia es distinta del organismo animado por ella, aun cuando sufra algunas de las vicisitudes de ese organismo. [...] En fin, la conciencia es esencialmente libre, es la libertad misma; pero no puede atravesar la materia sin detenerse en ella, sin adaptarse a ella; esta adaptación es lo que llamamos intelectualidad; [...] Pero una doctrina semejante no sólo facilita la especulación. Nos da también más fuerza para la acción y la vida. Porque, con ella, no nos sentimos ya aislados en la humanidad, la humanidad tampoco nos parece aislada en la naturaleza. Así como el más pequeño grano de polvo es solidario de nuestro sistema solar entero, arrastrado con él en ese movimiento indiviso de descenso que es la materia misma, así también todos los seres organizados desde el más humilde al más encumbrado, desde los primeros orígenes de la vida hasta la época en que vivimos y en todos los lugares como en todos los tiempos, no hacen más que presentar a la vista un aliento único, inverso del movimiento de la materia y, en sí mismo, indivisible. Todos los vivientes se sostienen unos a otros, todos ceden al mismo formidable empuje. El animal toma su punto de apoyo en la planta, el hombre cabalga sobre la animalidad, y la humanidad entera en el espacio y en el tiempo es un inmenso

²¹ N. Vretakos, *Kazantzakis: su agonía y su obra*, ed. Stentor, Atenas, 1960, p. 51.

Roberto Quiroz P., El influjo bergsoniano en la cosmovisión de Kazantzakis

*ejército que galopa en torno de cada uno de nosotros en una carga arrolladora, capaz de atropellar todas las resistencias y de franquear innumerables obstáculos, quizá la muerte misma*²².

Estas palabras de Bergson tonificaban su espíritu, por así decir. Las propias vicisitudes y cuestionamientos metafísicos y cosmológicos de Kazantzakis, lo llevaban a dar pasos hacia Bergson. Ese particular enfoque bergsoniano era capaz de conjurar una adherencia intelectual, y darle ánimo para entrelazar amplias visiones de unidad. Con esa irradiación de su pensamiento, Kazantzakis lanza un atisbo hacia el hombre, pero también abarca la vida universal, pues lo viviente es lo valioso. El hombre no es todo lo que vive, y no todo lo que vive es visible para el hombre. Así se establece una elevada solidaridad que llega a las más humildes criaturas de la tierra, para hermanarlos consoladoramente.

*"Somos uno. Del ciego gusanillo en las profundidades del océano hasta el relucir inmenso de la Vía Láctea, es el mismo ser el que lucha y se arriesga: nosotros mismos. Y en nuestro pequeño y terroso pecho, uno solamente lucha y corre peligro: el Universo"*²³

Tal declamación escribe Kazantzakis en su *Ascética*, forjando al hombre sobre la virtud de una tal elevada responsabilidad, para hacernos parte de fuerzas extrañas, más allá de nuestra lógica. En esa temeraria empresa de lo Inefable, del Uno metafísico, de Dios, del Universo, no estaba solo; los pensamientos de Bergson lo alentaban, como podemos ver.

En general, no son muchas las referencias explícitas que Kazantzakis hace de Bergson, aspecto que sin embargo, no pone en duda su importante influencia. Una de las pocas menciones, la hallamos en una novela, y conviene tomar esa alusión ampliamente, ya que la podemos relacionar directamente con esas mencionadas crisis de juventud que Kazantzakis tanto evoca. Allí dice:

*"No desbrocéis --enseñaba un viejo sabio-- la cosa creada, sino las fuerzas creadoras que la han creado`.
[...] A veces, hacia el anochecer, una sombra de tristeza se proyectaba sobre mi corazón. ¿De dónde procedía esta sombra? De las grandes profundidades de la soledad, y yo me estremecía. Pero me erguía inmediatamente y movilizaba todas las bellas cosas vividas durante la jornada, y la negra sombra desaparecía.*

²² H. Bergson, op. cit., p. 265.

²³ N. Kazantzakis, *Ascética*, p. 1005.

Durante estos breves instantes de pánico las palabras del abate Mugnier acudían en mi ayuda. Este "despertador de almas dormidas" me contaba un día en París:

"--Ayer fui a ver a Bergson, que está enfermo, con las piernas hinchadas. ¡Bergson, el gran maestro del pensamiento danzante! Maestro --le dije--, ¿podría usted darme en una sola palabra la esencia de su filosofía?"

"Bergson reflexionó un instante; luego, con su voz acariciadora, dejó caer la palabra mágica:

"--¡Movilización!"

Yo movilicé todas mis reservas de coraje y de alegría y necesidad, me esforcé en convertir el rumor incoherente de cada día en una nota clara.

Pero todo permanecía aún en estado fragmentario y la gran alegría espiral no había arrastrado aún los detalles hacia un torbellino creador.

Pero al fin llegó el día"²⁴.

Breves palabras que transparentan aquella simpatía indeleble con la fuente del bergsonismo. Se nos propone que el hombre movilice sus energías hacia un torbellino creador, lo cual es nada menos que una nueva forma de encarar la vida. En efecto, razones no le faltaban, pues de acuerdo con Scheler, "*la grandeza de Bergson consiste en el poder con que él obligaba al ser humano a orientarse hacia una guerra directa en todo lo que se refiera a su posición frente al mundo y a su alma*". Bergson ha dado una nueva postura al hombre en el Universo, impulso que Kazantzakis claramente no rechazará. De esa relación directa de maestro alumno ocurrida en París, son variados los ribetes que marcan esa deuda espiritual. Algunos comentan que "*la teoría de este filósofo abre a Kazantzakis el camino para el 'óntos on', para el ser verdadero, que no es posible concebir tras los fenómenos. No es posible que se halle en cualquier parte, sino sólo dentro del 'élan vital', que es la vida misma, con todos sus secretos [...]"²⁵. A tal punto parecía llegar la simpatía por ese pensamiento danzante, capaz de anudar todo fragmento de realidad, que incluso Kazantzakis miraba su propio interior bajo ese ímpetu de creación permanente, puesto que se ha señalado que "*en el fondo cree que Bergson con su teoría le devela el misterio de su propio ser*"²⁶.*

En otra parte relata Kazantzakis "*jamás viví con tal identificación este alivio mudo y esta angustia del gusano de seda. Cuando en sus entrañas todas las hojas de la morera que ha devorado se transubstancian y se convierten en seda, comienza la*

²⁴ N. Kazantzakis, *El jardín de rocas*, trad. E. de Juan, O. S., II, Planeta, Barcelona, 1962, p. 38.

²⁵ N. Vretakos, op. cit., p. 50.

²⁶ *Ibíd.*, p. 51.

Roberto Quiroz P., El influjo bergsoniano en la cosmovisión de Kazantzakis

creación"²⁷. Por otra parte, desde sus primeros libros, trabajos, Kazantzakis ha manifestado una corriente vitalista, un pensar desbordado de pasiones, aspecto que no le permitía estar de acuerdo con los "sistemas tales como los de Buda [...], Tolstoi, los cuales niegan la vida", según él mismo declara. Si tales palabras de Kazantzakis las miramos desde la perspectiva de Bergson, entonces, podemos imaginar que esos modelos y visiones no le proporcionaron en su etapa una representación del universo que lo sedujeran, porque ellos simplemente no estaban de acuerdo con el *élan vital*, la movilización de la vida, la evolución creadora, conceptos ya asumidos o bien que se incorporarían a su cosmovisión. Kazantzakis siempre fue un hombre apasionado por desentrañar, un espíritu que vibra con todo lo que captan sus sentidos y de todo ello se asombra: "A medida que avanzo, a través de las capas sucesivas de mi alma --el individuo, la raza, el género-- para encontrar el primer Antepasado, más se apodera de mí el horror sagrado. [...] Este antepasado es la fiera en bloque, brutal, que me ha sido dada para que yo la transforme en hombre; y si puedo, si tengo tiempo, para que la haga subir aún más arriba que el hombre. ¡Qué ascensión tan aterradoradora: del mono al hombre, del hombre a Dios!"²⁸. Tras estas imágenes se logran apreciar ecos bergsonianos de la movilización de las energías, la ascensión de las criaturas, la marcha sin fin.

Bergson le va liberando de angustias e incertidumbres filosóficas, también lo estimula a venerar la imagen de un universo fluyente, con sus vastedades de vida prehumana también. El amor violento y poliédrico por la vida, el ardor metafísico de Kazantzakis se conjuga naturalmente con el despliegue del universo expansivo y creador promulgado por Bergson. Kazantzakis al conocer algunos de sus conceptos ya no pudo dejarlos atrás: el *élan vital* en constante creación --"*ímpetu vital que desde el comienzo de la historia del hombre tiende, en un esfuerzo gigantesco, a elevarse por encima de la materia para crear un ser liberado del peso de la inercia --, tenía que entusiasmar a Kazantzakis que descubría, enunciado en fórmulas audaces, lo que sentía oscuramente y no se atrevía a esperar*"²⁹. Todo esto habla de un encadenamiento de las nociones bergsonianas: movilización, transformaciones, *élan vital*, evolución creadora, un todo en dinamismo, un actuar de fuerzas que circundan conjuntamente el universo. Con ello nacerán interesantes imágenes,

"Los tiempos que atravesamos y, lo que es aún más terrible, los tiempos que atravesarán nuestros hijos y nuestros nietos, son tiempos difíciles. Pero la dificultad ha sido siempre el gran excitante que despierta y aguijonea todos nuestros impulsos, buenos o malos, para hacernos saltar por encima del obstáculo que de pronto se yergue ante nosotros. Así es como, movilizando nuestras fuerzas, que sin eso permanecerían dormidas o

²⁷ N. Kazantzakis, *Carta al Greco*, p. 590.

²⁸ *Ibidem*, p. 30.

²⁹ M. Bidal Boudier, *op. cit.*, p. 97.

actuarían blandamente y de modo disperso, llegamos a veces más lejos de lo que esperábamos. Porque las fuerzas movilizadas no son únicamente nuestras fuerzas personales, ni tampoco fuerzas puramente humanas; en el impulso que tomamos para saltar se liberan en nosotros fuerzas de tres clases; fuerzas personales, fuerzas del hombre en sí, fuerzas más antiguas que el hombre. En el momento en que el hombre se pone tenso como un resorte para dar su salto, toda la vida del planeta se pone tensa en él, y toma impulso. Sentimos entonces nítidamente esta verdad tan simple que a menudo olvidamos en nuestros momentos confortables o infecundos de vida fácil: que el hombre no es inmortal, pero está al servicio de Algo o Alguien inmortal"³⁰.

Es curioso ver que para Kazantzakis las realidades diversas pueden responder a un modelo evolutivo que traspasa las fronteras de la vida, universo, Dios, ideas, hombre, seres vivos, hasta llegar a la misma materia. Algo en este sentido deja entrever una carta a Galatea del año 22, en que Kazantzakis retrata una escenografía vitalista, deudora del bergsonismo:

"La idea es como Dios: en medio de increíbles crímenes, deshonor y debilidades incluso, avanza pura, con cansancio, para subir la pendiente de difícil transitar en nuestra tierra. Nuestro deber es: esforzarnos en descubrir el ritmo de su marcha y cuando lo hayamos encontrado, adaptar al suyo, cuanto podamos, el ritmo de nuestras pequeñas y efímeras vidas. Sólo así, nosotros los mortales, tendremos éxito en realizar algo eterno, porque colaboramos con algo Eterno"³¹

Aquí descubrimos una particular visión en que Kazantzakis enfatiza el sentido esencial que se proyecta sobre la realidad que moviliza impulsos dispares, en el que cada organismo puede colaborar, participar de ese progreso invisible. Hay una suma de fuerzas, que aún avasalladas por la oscuridad de las épocas, puede despertar y plegarse a un ritmo no mortal. Es la armonía que van dejando los efectos y acciones del mundo prehumano, pero también las contribuciones de los hombres. Lo que parece contar decisivamente en esta empresa universal, es que las criaturas estén al servicio de Dios, al servicio de la idea, del *élan vital*, expandiendo sus esfuerzos y trascendiendo de vida en vida. Kazantzakis agrega a sus escaramuzas espirituales:

³⁰ N. Kazantzakis, op. cit., p. 502.

³¹ N. Kazantzakis, *Cartas a Galatea*, Ed, Difros, Atenas, 1984. p. 116.

Roberto Quiroz P., El influjo bergsoniano en la cosmovisión de Kazantzakis

*"Yo lucho por abarcar, en lo que sea posible, todo el campo de la actividad de los hombres y por adivinar el viento que impele a todas estas olas humanas hacia la altura[...] Quizá sólo así pueda el hombre, en el lapso efímero de su vida, realizar algo inmortal, porque trabaja de acuerdo con un ritmo inmortal"*³²

Queda manifiesto que para Kazantzakis las especulaciones de Bergson podían orientar y configurar una tabla de salvación transitoria. Une a estas declaraciones una red invisible entre las criaturas. En medio de esas búsquedas, la noción metafísica de un élan vital era un bálsamo esencial: *"de Bergson Kazantzakis aprendió que toda la naturaleza, que todo el universo, que toda la vida, expresan un impulso evolutivo, un élan vital, una fuerza inapresable que se renueva incesantemente, una creatividad continua, un salto hacia arriba, no hacia un objeto estable, final, predeterminado, sino a través de la teleología que existe en la misma fuerza vital y en su perfección, a medida que evoluciona interminablemente"*³³.

En todo momento de su existencia Kazantzakis estuvo poseído por una despierta sensibilidad, a tal punto que era ella la que movía su razón. Cuando alguna experiencia o cierto descubrimiento rompía su silencio, entonces toda su alma se quedaba día y noche suspendida en hondos pesares. Así nacieron sus primeras inquietudes filosóficas. El misterio de la vida, la aparición de otros mundos, el universo, el puesto del hombre en la naturaleza, fue un duro golpe que marcó su adolescencia. Él mismo señala cuáles fueron las dos grandes heridas:

"El primer secreto atroz era éste: la Tierra no es, como creíamos, el centro del universo; el sol y la bóveda estrellada no giran, dóciles, en torno a nuestra Tierra; nuestro planeta no es más que un astro insignificante, arrojado en un rincón de la galaxia, y gira servilmente alrededor del sol. La cabeza de nuestra madre la Tierra había perdido su corona. La amargura y la indignación se habían apoderado de mí; [...] Nuestra tierra no estaba, pues, quieta como una señora inmóvil en medio del cielo, viendo los astros girar respetuosamente a su alrededor; por el contrario, remolineaba, envilecida, eternamente perseguida, en medio de grandes llamas, en el caos. ¿Adónde iba? ¿Dónde la llevarán? Ella no hacía sino seguir a su amo, el sol. Nosotros, esclavos también, seguíamos. Y el sol, también esclavo, seguía. ¿A quién seguía? [...] Ésta fue la primera herida; la otra: que el hombre no es la criatura querida, privilegiada de Dios, que Dios no le ha dado el sople vital, que no le ha entregado un alma inmortal; que es

³² N. Kazantzakis, *Carta al Greco*, p. 516.

³³ K. Friar, "La ascesis espiritual de Nikos Kazantzakis", *Nea Hestía*, Atenas, 1959, p. 84.

como los otros, un eslabón de la infinita cadena de los animales, nieto, tataranieto del mono. Y que si se escarba un poco nuestra piel, si se escarba un poco nuestra alma, se encontrará debajo a nuestra abuela la mona.

*Mi amargura y mi indignación eran insoportables. Recorría solo los senderos a la orilla del mar, o en el campo, caminaba rápido, para cansarme, para olvidar, pero no me animaba a olvidar*³⁴.

De esta bullente adolescencia partirán unos traumas filosóficos, espirituales, los que más tarde y de la mano de la visión bergsoniana del mundo, encontraban un calmante para las heridas. "*¿Cómo podemos resistir esta ilimitada ampliación de las perspectivas que invalida y derriba todas las morales y religiones? ¿Resisitir este estrecho vínculo y la recíproca influencia del espacio y del tiempo [...], estos dos abismos? Quizá la evolución pueda ser creadora. Esto al menos enseñaba Bergson en La Sorbona, cuando en 1908 el joven cretense llegó a París*". Más que una idea pasajera, las enseñanzas bergsonianas dejaron permanentes huellas que le ofrecieron un sentido del equilibrio. Kazantzakis vio en el *élan vital*, en la movilización, atractivas visiones, caminos que lo insertaban en la corriente del universo, en el remolino vital que mezclaba materia, formas y evolución hacia lo intangible. A tal punto se compenetró de este panorama bergsoniano, que Kazantzakis "*transforma esta teoría metafísica en código de conducta personal y de ética*"³⁵. Bidal Baudier resalta este aspecto positivo, pues "*numerosas puertas se abrieron no sólo sobre lo que él ha llamado 'la fatalidad', sino que Bergson le restituyó un clima de confianza en nociones fundamentales sobre el hombre, su libertad y sus poderes*"³⁶. Al igual que otros aspectos, Kazantzakis encontrará reflejados en Bergson algunas de sus propias tendencias vitales e intelectuales, y no faltó mucho para que descubriera una especie de optimismo metafísico. Incluso, puede ser posible que más que las teorías como tales, también le atrajeran los asuntos tratados, las grandes visiones panorámicas que parecían articularse en el bergsonismo. Bergson hablaba de asuntos muy importantes para Kazantzakis, temas de la vida, la concatenación entre hombre y universo, así como la propia marcha invisible de la vida que tenía innumerables máscaras hasta llegar al hombre, quizá a lo más elevado, a Dios mismo. Leyendo a Bergson, podía encontrar algún atajo para descubrir al Invisible, a la fuerza que yace tras los fenómenos. El filósofo francés le daba una primera respuesta sobre el destino humano y cósmico:

³⁴ N. Kazantzakis, op. cit., p. 138-139.

³⁵ S. Alexú, *De la obra poética de Nikos Kazantzakis*, Ediciones Heraklio, Heraklio, 1977, p. 11.

³⁶ M.L.Bidal-Baudier, op. cit. p. 96.

Roberto Quiroz P., El influjo bergsoniano en la cosmovisión de Kazantzakis

*"El conjunto del mundo organizado viene a ser como el humus sobre el cual había de brotar el hombre [...]. Los animales, por muy alejados, por muy enemigos que sean de nuestra especie, han sido, sin embargo, útiles compañeros de viaje, en los que la conciencia se ha descargado de lo que arrastraba de peso muerto embarazoso, y que les ha permitido elevarse, con el hombre, a las alturas desde donde ve abrirse de nuevo ante ella un horizonte ilimitado"*³⁷.

Dentro del credo de Kazantzakis hay una frase muy conocida de Dante que es una asimilación de esto: *come l' uom s' eterna*, cómo el hombre se hace inmortal. Este fue un pensamiento decisivo para todo lo que hizo y escribió. Ésta, una verdad única, nacida de la sensibilidad mística y del instinto de perpetuidad, fue a menudo la cúspide de una búsqueda que en lugar de comenzar con la razón y el hombre, se hizo con la intuición y el universo, herencia de Bergson. A raíz de tal núcleo es que Kazantzakis vislumbra universalmente un cambio natural, sin dar pábulo a una humillación de organismos menos evolucionados por otros, ni menos a una soberbia humana, o del hombre por la naturaleza que lo guía, puesto que confía en una identificación con la fuerza una y viviente de ese *élan vital*, cuya pujanza no malgasta ningún esfuerzo del universo ni atropella la libre creatividad de los reinos naturales o del hombre, en su intento de expandir su portentoso *élan*. Tales aspectos implícitos en la cosmovisión de Kazantzakis, describen un despertar de las energías en constante transformación hacia la conciencia, una colaboración hacia el Inefable soplo que circunda la vida.

*"El anhelo de catarsis empujó a Kazantzakis hacia el bergsonismo, la dinámica filosofía de las metamorfosis, que constituyó el fermento de su pensamiento. Su pasión por la libertad llena su obra y se expresa en imágenes y transformaciones insistentes y atormentadas"*³⁸.

Sin embargo, esa cartografía vital de lenguajes que asimila a Kazantzakis con Bergson, está claro que no es una casualidad ni una simple imitación. El autor cretense fue siempre un escritor fascinado por las mutaciones de la naturaleza, tanto que de ella extraerá una ética vital que deja huellas en el hombre, y que va más allá, pues le propone el más alto deber: transformarse, superarse, ascender, cambiar de piel. El poeta retiene elocuentes imágenes naturales:

³⁷ H. Bergson, op. cit., p. 289.

³⁸ E. Ikonmidu-Krstitch, "Las influencias filosóficas en la aventura espiritual de Nikos Kazantzakis", *Diavazo*, n° 90, 1988, p. 70.

"Hay tres criaturas de Dios que siempre me han hechizado y con las cuales he experimentado siempre un sentimiento de misteriosa unidad; se han presentado siempre como símbolos que expresaban la marcha de mi alma: la larva que se convierte en mariposa, el pez volador que salta fuera del agua, luchando por superar su naturaleza, y el gusano de seda que fabrica la seda con sus propias entrañas. No puedo decir lo feliz que me sentí cuando vi por primera vez en las balanzas de oro descubiertas en las tumbas micénicas una larva grabada en un platillo y en el otro una mariposa; eran sin ninguna duda símbolos sacados de Creta. El ansioso deseo que tiene la larva de convertirse en mariposa ha sido siempre a mis ojos el deber más imperioso, y al mismo tiempo el más legítimo, de la larva y del hombre. ¡Que os cree Dios larva y vosotros mismos, por vuestra lucha, os convertís en mariposa!"³⁹. Con otros matices y simbologías, estos temas estarán presentes desde los primeros escritos, expresando ya una disposición intelectual, y es lo que señala Krstitich, quien acota que "aquella situación psíquica suya, primaria, persistente, sin duda inconsciente, explica su orientación filosófica y su actitud ante la vida".

Vida y espíritu, materia y energía, cuerpo y alma, son expresiones de la pujanza infinita, en tanto que la vida, con su creatividad, es el alma del ser, y esto solo basta. La realidad no "es", "se hace"; lo mismo que el hombre no es, sino que se hace. Aquí hay un nuevo rostro para Dios, ya que puede decirse que es un ser en devenir, vida inacabable, pura actividad, pura libertad. Estas ideas no están lejos de la consideración de que el Universo, bajo el flujo incesante de la evolución creadora, acaba siendo como una especie de divinización, en la que el hombre es su gran promotor. Continúa Kazantzakis:

"el universo entero, sin saberlo, sigue éste método. Cada ser viviente es un taller donde Dios, oculto, modela el barro y lo transforma. [...] Y ahora, por primera vez desde que el mundo existe, ha sido permitido al hombre penetrar en el taller de Dios y trabajar con él"⁴⁰.

Estas ideas pudieron arrastrar una singular inspiración: no se trataba sólo de colaborar con Dios, sino de salvar a Dios, algo que podía ser la proyección del impulso vital que todo lo impregna. "No, Dios no nos salvará; nosotros salvaremos a Dios por la lucha, por la creación, por la transformación incesante de la materia en

³⁹ N. Kazantzakis, op. cit., p. 593.

⁴⁰ *Ibídem*, p. 30.

Roberto Quiroz P., El influjo bergsoniano en la cosmovisión de Kazantzakis

espíritu"⁴¹. Esto es una de las constantes de Kazantzakis, la idea de transfigurar la carne en espíritu, una continuación del programa bergsoniano. En consecuencia, encontró directrices que lo ayudaron a mirar a Dios sin el temor cristiano, y por el contrario, lo estimularon a apreciar que el

*"hombre mismo es sólo una manifestación en el largo progreso evolutivo y ascendente de las misteriosas fuerzas vitales -- acaso la más extraordinaria que se logró hasta ahora en la historia de la tierra, la más digna de ascender espiritualmente, pero sin duda no la última ni la más perfecta, y que el hombre, en su combate con los elementos materiales de la naturaleza, puede llegar a ser 'salvador de Dios' y traerlo continuamente más cerca de su esencia espiritual"*⁴².

El Invisible de Kazantzakis se fusionó con el *élan vital* de Bergson, y ello dio un nuevo sustrato para sentir la realidad: *"Así debieron de sentir en sí los monos el impulso del universo entero que los empujaba, ya a aullar de dolor, a sostenerse sobre sus patas traseras y a frotar dos trozos de piedra, ante la risa de los otros monos, para sacar una chispa. Así nació el pitecántropo, así nació el hombre. Así también esta fuerza indómita e implacable se precipitaba en nuestro pecho, [...], para liberarse del hombre, para ir más allá"*⁴³. Entonces no cabe duda que la filosofía del bergsonismo le permitió a Kazantzakis mirar el mundo, la vida como una "continua primavera", inagotable. En medio de esa primavera se encuentra el *élan vital* como un combatiente, que da forma a la materia y al espíritu. Dentro de tal panorama cosmológico el hombre es un eslabón más, pues intuye que ese levantamiento que agujonea al hombre guarda un lado oscuro, incomprensible, secreto, ya que su fin no es el hombre, sino la evolución del universo o tal vez de Dios: *"[...] el Luchador no se interesa por el hombre, se interesa por la llama que consume al hombre. Su trayectoria es una línea roja; sólo ella me interesa en el mundo[...]"*⁴⁴. Temeraria tarea, tan paradójica como heroica, el hombre salvando a Dios.

*"Los conceptos de Bergson, actuando como reveladores, permiten al pensamiento de Kazantzakis precisarse, madurar de algún modo; las nociones de evolución de la vida, de la marcha del universo, de Dios, le permiten encontrar una solución, por momentánea que sea, a los problemas que lo torturaban desde la infancia"*⁴⁵.

⁴¹ N. Kazantzakis, *Ascética*, p. 1006.

⁴² K. Friar, "La ascesis espiritual de Nikos Kazantzakis", *Nea Hestía*, 1959, p. 85.

⁴³ N. Kazantzakis, *Carta al Greco*, p. 610.

⁴⁴ *Ibidem*, p. 517.

⁴⁵ M. Bidal Boudier, *op. cit.*, p. 98.

Esas heridas de la infancia que Kazantzakis relata tan dramáticamente, no habían tenido hasta entrada su juventud una satisfactoria respuesta. A medida que más amaba el mundo más se sentía un eslabón, hermano de las rocas y de toda vida mortal, frágil universo a la deriva sin salvación, la materia librada a la fatalidad de la extinción; entonces con esas heridas, ¿no sería la visión cósmica de Bergson una posibilidad esperanzadora, un consuelo para redimir a la vida de su fugacidad? En las palabras de este filósofo, renació un nuevo panorama universal en donde la prodigiosidad de una fuerza sin rostro, porque potencialmente los poseía todos, arrastraba los seres a una lucha por la transubstanciación de la materia en espíritu. Toda esta teoría fue uno de los grandes desafíos que Kazantzakis no rechazó, pues iban de acuerdo a su propia madurez. En esos momentos la filosofía bergsoniana le conmovía en su lucidez, atrevimiento y esperanza de vencer la finitud, pues ahora el universo creado del cristianismo ya no estaba destinado a la nada, sino que su rostro cambiaba al de una evolución creadora, en progresión, ascendiendo, movilizándolo sus energías, expandiendo su materia y su espíritu, no sólo conservación, sino dinamismo de la vida, fuente inagotable. El Dios cristiano ya no tenía su rostro de implacable lejanía, condenando la materia, incomprensible, sino que ahora Dios lucha por "liberarse de la materia y alcanzar la luz". El universo, Dios, se hacen uno con la vida, uno con el hombre que va tras sus pasos. Dice Kazantzakis,

*"De todos los impulsos de Dios, ¿cuál es el que el hombre puede observar? Sólo éste: una línea roja sobre la tierra, una línea sangrienta que trepa con esfuerzo de la materia a la planta, de la planta a la bestia, de la bestia al hombre. Este movimiento indestructible y prehumano es la única progresión visible del Invisible sobre esta tierra. Plantas, animales y hombres son los escalones que crea Dios como gradas para su ascensión"*⁴⁶.

A raíz de estas ideas, las perspectivas religiosas se amplían, ya que "en este punto, Bergson le presenta a Kazantzakis `pruebas` de la fuerza que maneja el universo como una vitalidad siempre-creativa, que transubstancia la carne en espíritu. Este punto de vista era, con seguridad, misticismo, pero al mismo tiempo aparecía lo suficientemente científico (o pseudocientífico) en su presentación, aspecto que daba una respuesta a la necesidad de Kazantzakis de una visión del mundo postcristiana, religiosa aún y todavía no en concordancia con el pensamiento moderno"⁴⁷

⁴⁶ N. Kazantzakis, *Ascética*, p. 997.

⁴⁷ P. Bien, *Nikos Kazantzakis*, Columbia Essays, Modern Writers, n° 62, 1972, p. 45.

Roberto Quiroz P., El influjo bergsoniano en la cosmovisión de Kazantzakis

Dentro de su opúsculo *Ascética*, texto semipoético, semivisionario, semifilosófico, se transparenta una escenografía bergsoniana; un montaje que le servirá de atalaya para sus propias visiones filosóficas. El comienzo del libro está dirigido por una tremenda pregunta: de dónde venimos, hacia dónde vamos... Esta presentación esconde una apertura cosmológica, un deseo de penetrar en el misterio de la realidad. Desde esa primera imagen, se manifiesta una percepción paradójica, inusual, a saber que el universo entero es ahora visto como una transición de un abismo en otro. Esa transformación de la oscuridad hacia la luz y de la luz hacia la oscuridad, parece a primera vista como negación de la evolución, de una continuidad vital, pues la vida es puesta en ese intermedio que se aniquila sin remedio. El texto aludido dice: "*Venimos de un abismo oscuro; nos dirigimos a un abismo oscuro. Al espacio luminoso intermedio entre ellos, llamamos Vida*"⁴⁸. Sin embargo, la filosofía de Bergson le enseñará a Kazantzakis otro modo de interpretar esos eslabones de luz y tiniebla. En el pensar místico, las imágenes de la nada, la oscuridad, el no ser, son expresiones que por contraste quieren apuntar a una positividad no definible por el lenguaje habitual. No niegan a la divinidad, más bien expresan que el hombre no puede hablar de ella adecuadamente, su logos no alcanza. Pero si pensamos que los abismos extremos son más bien un rostro de la absoluta libertad y espiritualidad, entonces paradójicamente, ellos repletan, llenan, colman la vida, más que negarla o contrariarla. Un eco de la teología negativa, de lo Inefable. Esto porque con el bergsonismo Kazantzakis quedaba en pie de formular que el impulso vital antecede a todo, siendo una energía que empuja lo viviente, a toda forma. Tras la materia, que es un opaco reflejo, está igualmente ese *élan vital*, y ambos, colaboran para sostener la vida. La materia, por tanto, no es algo separado, pues la vida es expresión de la corriente vital "*cargada de materia, es decir, con partes condensadas de su propia sustancia*", como señalaba Bergson.

*"Una vez que el élan vital ha creado vida, ésta tiende a despojarse ella misma de estas partes condensadas para volver a su pura energía. La vida avanza en torno al crecimiento de la espiritualización por medio de la transubstanciación"*⁴⁹.

En efecto, Kazantzakis escribe,

*"Creo en su combate sin tregua ni cuartel para vencer y fecundar la materia, fuente de vida de las plantas, de los animales y de los hombres"*⁵⁰.

⁴⁸ N. Kazantzakis, op. cit., p. 959.

⁴⁹ VVAA., *World Literature Today*, (P. Bien), Princeton, Invierno 1980, p. 150.

⁵⁰ N. Kazantzakis, op. cit., p. 1025.

En vista de una tal unidad universal, se aprecia que ambos, vida y muerte, están gobernadas por el mismo "Dios", o *élan vital* que esparce su siembra por el universo.

*"El abismo negro al final de la vida no es una arbitraria e injusta negación de la vida; es una lógica consecuencia de un proceso que pareciera terminar. La muerte es la coronación de la vida, porque el desprendimiento de la materia libera al impulso del peso de sus propias condensaciones heterogéneas. De esta manera, permite a la vitalidad no tener obstáculos en su intento por volverse vida nuevamente"*⁵¹.

En esa apariencial circularidad de abismo en abismo, en el aparente ritmo cíclico de la oscuridad atravesada de vida, también se da una especie de salto cualitativo, pues, en caso contrario, parecería que entre aniquilamiento y aniquilamiento sólo se esperaría una igualación, una equivalencia entre los abismos. Este panorama no es tal, y Kazantzakis no sin palabras extrañas ha señalado que

"No es preciso sentir que no progresamos a partir de una unidad de Dios hacia la misma unidad de Dios. No avanzamos de un caos hacia otro caos, hacia otra oscuridad. Porque ¿cuál sería entonces el sentido de nuestra vida? ¿Qué sentido tendría entonces toda vida?

*Hemos salido de un caos omnipotente, de un abismo inextricable y compacto de luz y de tinieblas. Luchamos todos (plantas, animales, hombres e ideas) en ese momento de nuestra vida individual de un segundo de duración para regular en nosotros mismos el caos, para iluminar el abismo, para trabajar en nuestro cuerpo tantas tinieblas como nos sea posible, a fin de transformarlas en luz"*⁵².

Luz y oscuridad, espíritu y carne, energía y materia, plantean una suerte de continuidad desde el momento en que todo ha surgido del *élan vital*, o al pensar que el universo material es una condensación, pero hay que recordar que en la práctica Bergson mantiene un dualismo entre materia y energía como entidades diferentes, aunque transitoriamente complementarias. *"De esta manera, Bergson ilustra esta situación como: a) el oleaje del impulso vital moviéndose de forma ascendente hacia la creatividad, acción, heterogeneidad, conciencia; y b) la materia presionando en forma descendente hacia la estabilidad y homogeneidad"*⁵³. Entonces la vida será el

⁵¹ P. Bien, *Kazantzakis*, Princeton, 1989, p. 38.

⁵² N. Kazantzakis, op. cit., p. 1005.

⁵³ P. Bien, op. cit., p. 38

Roberto Quiroz P., El influjo bergsoniano en la cosmovisión de Kazantzakis

encuentro de ambas corrientes amparadas en el impulso vital. Kazantzakis como buen discípulo del bergsonismo suscribirá tales ecos filosóficos:

"En los cuerpos vivos luchan dos corrientes: una tiende hacia la composición, la vida, la inmortalidad; la otra tiende hacia la descomposición, la materia, la muerte. Ambas tiene su origen en las profundidades de la fuerza primordial.

*Al principio la vida sorprende. Parece ilegal, contra natura (una reacción contra la voluntad de las tinieblas). Pero al profundizar, comprendemos que la vida también es una voluntad del Universo sin principio ni fin. Si no, ¿cuál es esta fuerza sobrehumana que nos proyecta del no ser en el ser, que nos da a todos, plantas, hombres y animales el valor para la lucha? Así pues, las dos corrientes contrarias son sagradas"*⁵⁴.

A lo que se podrían agregar unas sugestivas palabras de Bergson, quien aclara que *"ambas vertientes surgen de las profundidades de la esencia primordial"*, y que ellas avanzan hacia un estado en el que *"es nuestro deber [...] captar esa visión, en la que pueden juntarse y armonizarse estas dos [...] fuerzas indestructibles"*⁵⁵. No debe sorprender entonces, que el Kazantzakis vitalista, semipagano, semipanteísta, extrajera una visión sintetizada del bergsonismo y que en ella encontrara su nuevo Dios, más cercano al Dionisos griego que al Dios del Crucificado. Desde una perspectiva monista, Dios es el proceso íntegro de evolución:

*"la fuerza primordial que inicialmente dispone sus propias concreciones dentro de la vida, y luego dispone lo no creado de esa acción creativa"*⁵⁶. Con diferentes motivos Kazantzakis alude a ese dualismo creador de vida: *"Este mundo que contemplamos, que oímos, que tocamos, es una condensación accesible a los sentidos humanos de las dos grandes fuerzas del Universo.*

*Una de esas fuerzas desciende, quiere dispersarse, inmovilizarse, morir. La otra sube, buscando la libertad y la inmortalidad"*⁵⁷

En otra parte nos confiesa a que grado de compenetración llegaban aquellas visiones *"Hasta ese instante, mi corazón ascendía y descendía con el Universo. Pero tan pronto como percibí el Grito, mis entrañas y el Universo se han escindido en dos campos. [...] ¿Cuál de los dos caminos eternos hay que escoger? Siento bruscamente*

⁵⁴ N. Kazantzakis, op. cit., p. 959.

⁵⁵ H. Bergson, *Oeuvres*, Presses Universitaires de France, París 1959, p.697.

⁵⁶ P. Bien, op. cit., 1989, p. 38.

⁵⁷ N. Kazantzakis, op. cit., p. 1017.

que de mi decisión depende mi vida; que de mi decisión depende la vida del Universo".

Vretakos refiriéndose al entramado ideológico del tan complejo texto la *Ascética* de Kazantzakis, señala que "en la base de su teórica recibió la teoría del impulso vital de Bergson. Este impulso creador es el empuje demiúrgico que eleva a la materia, que se renueva en la interminable sucesión de las especies --en los vegetales, los animales, en el hombre-- tendiendo siempre a expresiones superiores: `Venimos de un abismo oscuro; terminamos en un abismo oscuro. Al espacio intermedio de luz, lo llamamos vida`. Lo preocupan las dos tendencias: una hacia la síntesis, hacia la vida, hacia la inmortalidad; y la otra hacia la descomposición, hacia la materia, hacia la muerte. Estas dos corrientes `brotan de las profundidades de la materia primordial` que constituye un misterio insoluble. Se trata exactamente de la misma idea que formuló Bergson: el movimiento universal de las dos corrientes de la materia y de la vida. Una va hacia la síntesis; la otra hacia la descomposición. Entonces una vez que asimilamos como supuestos estos dos `indestructibles, perpetuos impulsos`, es necesario `regular nuestro pensamiento y reflexión`"⁵⁸ a partir de esos supuestos.

Sabemos que este trabajo de la década del 20 es un opúsculo que, sin romper la inspiración poética e imaginativa a la vez comprime tormentosos nudos dispersos entre sus inquietudes metafísicas, cosmogónicas, antropológicas, filosóficas. Aunque no todos los comentaristas valorizan la parte filosófica de este libro, al menos coinciden en relacionarla con sus años de París.

*"De las fuentes de la Ascética, Bergson constituye indudablemente la principal [...] podemos decir que la filosofía constituye su elemento menos interesante. Kazantzakis utiliza en todo el libro los términos materia, vida, ascenso, descenso, impulso, etc. de la misma manera como los utiliza Bergson en su libro La evolución creadora. Esta es la primera influencia dominante"*⁵⁹.

Los alcances que realmente tuvo el bergsonismo en Kazantzakis están atrapados en una riqueza de matizaciones espirituales, las que oscilan desde crisis de juventud, veneración por la vida y sus procesos vitales, hasta llegar a "preguntas filosóficas". Jean Desternes⁶⁰ citando a Kazantzakis anota:

⁵⁸ N. Vretakos, "Kazantzakis y su Ascética", *Nea Hestía*, Navidad 1959, Homenaje a Kazantzakis, Atenas, p. 38.

⁵⁹ K. Vrasidas, "Algunas interpretaciones de la *Odisea*", *Diavazo*, n° 90, Atenas, 1988, p. 89.

⁶⁰ J. Desternes: "Kazantzakis nous parle de Bergson et d' Istrati", *Le regard cretois*, n° 23, 2001, pp. 3-4.

Roberto Quiroz P., El influjo bergsoniano en la cosmovisión de Kazantzakis

"Es él [Bergson] que me liberó de mis angustias, de los microbios filosóficos de la inquieta pubertad. Él me libró del calendario y me enseñó la duración viviente. Mientras yo me mataba en el muro del determinismo, me abrió una pequeña puerta hacia la libertad. Y sobre todo me salvó de la razón razonante, revelándome la significación profunda de la intuición. En él, hallé la unión entre el canto y la meditación y así pude enlazar en mí dos grandes instintos: el artístico y el filosófico".

De esa amplia variedad de reflejos ubicados en diferentes etapas, creativas y espirituales, concluiremos con unas palabras de Kazantzakis en las que resuena todo su tono dramático de pensador y poeta:

"He intentado ir por diferentes caminos por medio de los cuales alcanzar mi salvación: el camino del amor, de la curiosidad científica, de la pregunta filosófica, de la regeneración social, y finalmente el difícil y solitario camino de la poesía. Pero vi cada vez que la senda que había escogido me guiaba al abismo [...] Finalmente, en desesperación, busqué refugio en el Monte Athos [...] Allí [...] inicié una nueva lucha [...] Finalmente, una noche brotó en mí una inmensa alegría, por haber visto la huella roja dejada tras él en su ascensión [...] por un cierto Combatiente; vi claramente sus huellas de sangre ascendiendo de la materia inorgánica a la vida, y de la vida al espíritu. Luego, de repente, una inmensa luz brilló dentro de mí: la transubstanciación de la materia en espíritu. Este era el gran secreto, la huella roja que seguía al Combatiente"⁶¹.

Referencias Bibliográficas

- Alexú, S. (1977). *De la obra poética de Nikos Kazantzakis*. Hiraclio: Ekdosis Hiraclio.
- Bergson, H. (1973). *La evolución creadora*, Traducción M. Pérez. Madrid: Espasa-Calpe.
- Bergson, H. (1959). *Oeuvres*. París: Presses Universitaires de France.
- Bidal-Baudier, M. (1986). *Cómo el hombre se hace inmortal*, Traducción P. Canto. Buenos Aires: Carlos Lohlé.

⁶¹ N. Kazantzakis, *The Odyssey: a modern sequel*, trad. K. Friar, Simond and Schuster, N. York 1958, p. 23-24.

- Bien, P. (1983). "Introducción a Buda", en Kazantzakis, N. (1983). Buda, Traducción M. Castillo-Didier. Buenos Aires: Carlos Lohlé, I- XVI.
- Bien, P. (1972). "Nikos Kazantzakis", en *Modern Writers*. Columbia: Princeton, 45-58.
- De Jouvenel, R. (1959). "Is mnimin tu Kazantzaki", en *Nea Hestía*. Atenas: Ekdosis tis Hestías, 329-335.
- Desternes, J. (2001). "Kazantzakis nous parle de Bergson et d' Istrati", en *Le regard cretois* 23. Ginebra: Ed. Le regard cretois.
- Friar, K. (1959). "La ascesis espiritual de Nikos Kazantzakis", en *Nea Hestía*. Atenas: Ekdosis tis Hestías, 80-91.
- García Morente, M. (1972). *La filosofía de Henri Bergson*. Madrid: Espasa-Calpe.
- Ikonomidu-Kristitch, E. (1988). "I filosofikés epidrasis stin pneumatikí peripetia tu Niku Kazantzaki", en *Diavazo* 190. Atenas: Difros, 70-82.
- Kazantzakis, N. (1968). *Ascesis*, Traducción E. de Obregón, Barcelona: Planeta.
- Kazantzakis, N. (1968). *Carta al Greco*, Traducción . D. L. Garasa. Barcelona: Planeta.
- Kazantzakis, N. (1962). *El jardín de rocas*, Traducción E. de Juan. Barcelona: Planeta.
- Kazantzakis, N. (1984). *Epistolés pros ti Galatia*. Atenas: Difros.
- Kazantzakis, N. (1913). "Henri Bergson", en *Henri Bergson*. Atenas: Numás, 310-334.
- Markakis, P. (1959). "Cartas inéditas de Nikos Kazantzakis", en Pinacoteca. Atenas: Difros, 33-59.
- Núñez, G. (1997). *Kazantzakis*. Madrid: Ediciones del Orto.
- Prevelakis, P. (1984). *Cuatrocientas cartas de Kazantzakis a Prevelakis*. Atenas: Ekdosis Heleni Kazantzaki.
- Sadoul, R. (1955). "Reencontré à Antibes", en *Nea Hestía*. Atenas: Ekdosis tis Hestías, 541-557.
- Vrasidas, K. (1988). "Algunas interpretaciones de la Odisea", en *Diavazo* 90. Atenas, Difros, 85-93.
- Vretakos, N. (1960). *Kazantzakis, su agonía y su obra*. Atenas: Ekdotikí Stentor.

